EL MOLINILLO PIDE CARIÑO

Para los chicos de 1º de ESO, el mundo se dividía en tres: el instituto, los móviles y el barrio. Y el barrio, honestamente, estaba pidiendo a gritos un poquito de cariño.

Todo empezó con un proyecto de Ciencias. La profesora Elena les dio el tema: “Desde tu vida, tu entorno al planeta ¡Cuídalos!”

—No quiero presentaciones de PowerPoint aburridas —dijo Elena, apoyándose en la mesa—. Quiero un *impacto*. Quiero que demostréis que el cuidado de vuestro barrio es la semilla para una ciudad más resiliente y justa.

Silencio. Hasta que Dani, el delegado de clase, levantó la mano. Dani vivía en una de las casas antiguas cerca del mercado, y era un experto en quejarse del poco espacio verde que había por el barrio.

—Seño, aquí no hay nada que cuidar. El único "verde" son los grafitis que tapan las pintadas viejas. Y el río que está seco y lleno de maleza, ¡no hay ni un pato!

Elena sonrió. —Ahí está el reto, Dani. Si el barrio está descuidado, ¿es culpa del barrio o de los que lo habitamos?

La clase de 1º de ESO se dividió en tres equipos:

1. Equipo Micro-Reciclaje: Liderado por Aitana, la más organizada. Su misión: abordar el problema de los contenedores que siempre rebosaban.
2. Equipo Infraestructura del Cariño: Liderado por Dani. Su misión: encontrar un espacio abandonado para transformarlo.
3. Equipo Memoria y Conciencia: Liderado por Lucía, la artista del grupo. Su misión: comunicar la misión del cuidado al resto del barrio.

El equipo de Aitana, después de investigar un poco, se dio cuenta de un problema clave: muchos vecinos, especialmente los mayores que vivían solos, no bajaban al punto limpio por comodidad o desconocimiento.

—Tenemos que ir a la gente —propuso Aitana, mirando la Plaza de la Goleta—. Crear un Punto Limpio *Mini* y móvil.

Decidieron instalarse cada tarde, a la hora de salida del cole, con unas cajas decoradas. Una para pilas, otra para aceite de cocina usado (que pedían en botellas de plástico pequeñas) y otra para bombillas. Empezaron a ir por las casas más cercanas.

—Hola, soy Aitana, de 1º de ESO de La Goleta. Venimos a recoger su aceite usado. Si lo recicla, evitamos que un litro contamine 1.000 litros de agua en el río. ¡Es un cuidado directo al planeta! — repetía una y otra vez.

Al principio, los miraban con extrañeza. Pero cuando Doña Carmen, la panadera de la esquina, empezó a participar, la cosa cambió. La gente del barrio respondió a la llamada del cuidado colectivo. El camión de la basura incluso tuvo que poner un contenedor específico cerca del Mercado de Salamanca al ver la cantidad de aceite que los chicos estaban reuniendo.

El equipo de Dani se centró en un pequeño solar abandonado cerca de la Cruz del Molinillo. Era un lugar lleno de escombros y con un mural descolorido.

—Esto es un desastre —dijo Dani desanimado. —No —le corrigió Manu, el más callado del grupo

—. Es un lienzo. Necesitamos plantas que aguanten el sol de Málaga y la falta de agua.

La profesora Elena consiguió que Javi,el encargado del mantenimiento del cole les trajera macetas rotas y tierra vieja del huerto, además de herramientas de jardín. Los alumnos de 1º de ESO, armados con azadones de jardín, limpiaron el solar. Con los restos de baldosas rotas hicieron un sendero. Utilizaron neumáticos viejos y los pintaron de vivos colores para usarlos como macetas. Plantaron romero, tomillo, lavanda y geranios—plantas que además de bonitas, atraían a las abejas.

Lucía, del equipo Memoria, plasmó la idea en el muro: un grafiti colorido que no tapaba la pared, sino que la integraba. Pintó un molino de viento (haciendo honor al barrio) rodeado de manos que se unían para formar un árbol.

El solar, que había sido un foco de basura y abandono, se convirtió en "El Rincón de la Resiliencia".

La magia no fue solo el cambio físico. Fue el cambio en el ambiente. El cuidado de ese rincón, visible para todos, hizo que el barrio se sintiera más unido. Si los chicos de 1º de ESO se preocupaban por el barrio, ¿cómo no iban a hacerlo los adultos?

Una tarde, un señor se acercó a Dani mientras regaba. —Llevo cincuenta años viviendo aquí —dijo el hombre—. Este sitio daba vergüenza. Ahora... ahora me dan ganas de venir a leer el periódico.

Gracias, chaval.

Dani se sintió orgulloso, por primera vez, no por un gol, sino por unas flores.

La profesora Elena, al final del proyecto, reunió a los chicos. Les mostró la cantidad de aceite reciclado (que se había convertido en jabón artesanal para el colegio) y la foto del nuevo rincón verde.

—Mirad lo que habéis hecho —les dijo—. Habéis cambiado el Molinillo. Al reciclar, habéis protegido el agua del Guadalmedina, ayudando al planeta. Al plantar, habéis hecho vuestro barrio más acogedor e inclusivo. Y al cuidar, habéis demostrado que una ciudad no es solo de los arquitectos, sino de los que la viven. Vuestra pequeña acción ha sido la base de una ciudad sostenible y justa.

Los alumnos de 1º de ESO de La Goleta no solo habían aprobado el proyecto; habían plantado una semilla de conciencia en el corazón de su barrio. Sabían que el verdadero cuidado no se hacía en una clase, sino con las manos sucias de tierra, justo donde vivían.

ANTONIO DÍAZ HAZAÑA 1º E.S.O
Secundaria (de 12 a 15 años)
Colegio San Juan de Dios, La goleta.